

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 8 Julio 1915.

Número 27.

DUDAS

*Amargas son las lágrimas que vierto
al observar que acábase mi vida
y no veo resurgir la fe perdida
ni un leve indicio de esperanza advierto.
Todo en mi corazón está ya muerto,
cual la luz de mi espíritu extinguida,
y se aproxima la hora tan temida
de partir para el mundo de lo incierto
¡Lo incierto!... ¡Frase horrible!... ¡Siento espanto
al pronunciarla sólo!... ¡Me anonada
la duda que supone!... ¡Cielo santol!...
¿Si habrá otra vida?... (Aquí una carcajada
burlándome de mí, por charlar tanto
de lo que no me importa.--¡Nada?--¡Pero nada!*

José Nakens

AL TRONCO

No há mucho, con motivo de asistir ciertas damas, que desempeñan cargos oficiales en palacio, á tributar pública y solemne ovación al Sr. Vázquez Mella, representante del jaimismo, hubo grandes y unánimes protestas de las izquierdas monárquicas y antimonárquicas contra las arrogancias del clericalismo y el reaccionarismo contra el descarado y solidario alarde que hacen á toda hora de sus fuerzas y de su impunidad.

Hoy es la zancadilla echada al empréstito por la gente de banca reaccionaria y clerical en su mayoría, origen de iguales indignaciones y plañidos.

Mañana, por cualesquiera otro incidente, volverán á tronar las izquierdas contra los desplantes y el predominio derechista; pero, como siempre, durará poco el vocerío; menos, tal vez, la unión y el arresto de esas izquierdas. Momentáneo será el desbordamiento que junte las aguas liberales; tornará cada cual á su cauce; discurrirá, misérrima, por él, y en tanto, la mansa y terrible marea reaccionaria y clerical seguirá ascendiendo, ascendiendo, apoderándose terca y pacientemente de España.

No hay que culpar á las derechas; no vale tampoco indignarse con la labor que realizan. A lo suyo van, y hacen perfectamente. Mejor harán, ya que se les deja, llegando al término de su obra.

Lo que ocurre, culpa de las izquierdas es. Contra ellas deben encaminarse las indignaciones de los verdaderos demócratas.

Los que en España se llaman clericales y reaccionarios, por fe ó por conveniencia, lo son de una pieza; saben serlo dentro y fuera de casa, y no desperdician ocasión para cooperar al triunfo de su credo.

Los liberales, los demócratas, los republicanos, los rebeldes... De palabra, de ruido pirotécnico, de farandulera actitud, muchos hay. ¡Así no fuesen tantos! Siquiera sabríamos á qué atenernos.

Muchos hay, muchos se lo llaman, pregonándolo en cafés, tertulias, «meetings» y manifestaciones. Sólo que sus fieros alardes tienen más brillo que eficacia. La frase de Maura «fuego de virutas» viene como de molde, en sus algaradas, á las izquierdas españolas.

Fijeza en las orientaciones; fe consciente en los ideales; abnegación y valentía para afrontar cualquier clase de lucha; solidaridad y persistencia para

combatir, para realizar juntos, sin perder ninguno su significación, la obra liberadora, no las busquéis en la mayoría de los hombres y de los prohombres, sobre todo de los prohombres que forman la izquierda nacional.

En los hogares ha de empezarse esta obra, continuándola después en la escuela, llevándola más tarde á la vida social y política, al desarrollo de nuestras actividades patrias, á la solución de nuestros humanos problemas.

Eso hacen las derechas.

¿Qué hacen en su hogar casi todos los hombres y prohombres de la izquierda?

Dejarlo invadir, regentar por el adversario. Mientras ellos discuten á voces en cafés y tertulias, peroran en los «meetings» ó se exhiben en Congresos y manifestaciones, la reacción asienta en su estrado y el clericalismo gallardea en su alcoba.

¡La escuela!... Descuidan, cuando son Poder, ó con quienes lo ejercen influyen, la pública enseñanza, al punto de que resulte perjudicial, inútil al progreso de las generaciones.

Mientras los derechistas, aprovechando esta deficiencia vergonzosa, ponen su caudal y sus hijos al servicio de la enseñanza privada, que en provecho de sus ideales modela á los hombres futuros, gran parte de los izquierdistas niegan auxilio pecuniario á las instituciones que en su credo se inspiran y envían sus hijos á los colegios, á los centros docentes donde tienen sus viveros de fieles el clericalismo y la reacción.

Y es que nuestros liberales, nuestros demócratas, nuestros republicanos, nuestros rebeldes, suelen serlo de «boquilla», de nombre. De convicciones, de hechos... Vale más no hacer sumas, que terminarían en dolorosa resta.

De la vida social y política no se hable.

Cuantos militamos en las izquierdas españolas convenimos siempre en que el clericalismo y la reacción son los enemigos comunes. Antes que nada, precisa ir contra ellos, acabar con ellos, extirparlos de la existencia nacional, como un absceso purulento, para evitar la muerte.

Esta es la primera, la gran obra á realizar, la que han de acometer todas las izquierdas en legión. Una vez cumplida, cada cual se replegará sobre su bandera y defenderá, frente á las de los otros, el lema en su bandera escrito.

Así hablamos siempre, y, no obstante...

Ya se intentó la empresa en aquella Alianza liberal asesinada por la espalda. Fracaso por culpa de los egoísmos, del ruin proceder de los monárquicos. Tras ella vino la Conjunción republicano-socialista. Brava y fuerte al principio, hoy es otro fracaso, un muerto en pie, que sólo resucita para fines electorales. No recordemos la Unión Nacional, bajo cuyos escombros aplastamos la existencia

de aquel gigante que se llamaba Joaquín Costa.

Y, sin embargo, si los representantes, en menos ó más, de la libertad, del progreso, de la cultura, no quieren ver su hogar geográfico tragado, sorbido por la marea clerical y reaccionaria, no les queda más que un recurso: poner á la marea un dique con la franca, resuelta y activa unión de las izquierdas, de los hombres de las izquierdas, que honrada y valientemente estén dispuestos á formarlo.

Bien entendido que en ese ejército sólo debe admitirse á quienes tengan pleno convencimiento, plena fe y se hallen prontos á arrostrar las consecuencias de su actitud, sean como sean, para lo que sean y cuando sean.

No vale perder el tiempo en desplantes retóricos, en corridas de pólvora contra una ú otra acción aislada de clericales y de reaccionarios. Hay que meter el hacha en el tronco.

Los que no temen que las astillas les hieran al saltar ó que el tronco, al caer, les aplaste, que se pongan á la faena.

Los indecisos, los cobardes y los temporizadores, que se queden en casa.

Allí, al menos, no estorbarán.

JOAQUÍN DICENTA

De *El Liberal*.

Los requetés de bonete

He aquí cómo explica el caso *El País*:

«Con menos gente de la que esperaban tener por auditorio» dieron en Quero el día de San Pedro, á las seis de la tarde, una especie de mitin, tres seminaristas de Toledo, campeones de la buena Prensa.

»Los tres propagandistas de la buena Prensa, alguno de ellos con traje talar, difamaron á los periódicos que llaman malos, y no sólo á los republicanos, sino á *El Imparcial*, al *Heraldo*, *La Correspondencia*, etc., etc. Se despacharon á su gusto. Despotricaron de lo lindo. Difamaron al ilustre Nakens, á cien codos sobre tales gentes en hombría de bien, inteligencia y arte. Nada de esto nos importa. El mitin para combatir la mala Prensa, está bien consentido. Lo que es censurable es que los oradores fueran enviados por el arzobispo de Toledo, que cobra de una nación pobre un sueldo escandalosamente rico, y que peroraran en el salón del Ayuntamiento de Quero, presidido por el párroco y el alcalde.

»Y en tal local y con esa presidencia, ensalzaron al Sr. Vázquez de Mella por su discurso de la Zarzuela, y con este motivo se desataron en invectivas y reproches que no queremos puntualizar por patriotismo.

¿Qué le parece al Sr. Dato?»

Por su parte *El Motin* debe añadir al comentario de *El País*, algunas notas al vuelo:

1.^a Lo de Quero no es un caso aislado, sino que es un acto de una campaña general acordada para todos los seminaristas de España durante las vacaciones.

2.^a La actitud del Gobierno con respecto á tales campañas, puede suponerse, al ver consagrado obispo

auxiliar de Toledo á un sujeto que en Valencia ha sido el organizador de la *acción social católica*, de la cual son encarnación suprema los requetés; y para obispo de Gerona otro sujeto de los factores de la *acción social* de los jesuitas.

El gobierno de Dato presenta, pues, á la consagración pública á los heraldos de tales provocativas campañas.

En cuanto á la acción de Guisasola en este y otros puntos, es cosa más interesante, que convendrá acometer en serio. Si *El Imparcial*, *Heraldo*, *La Correspondencia* y *El País* tratan de responder mercedamente á la provocación de los discípulos de Guisasola, apunten la idea y ahonden en la Historia, donde hallarán material sobrado.

Pues han de saber esos estimados colegas, que el clericalismo no lo hacen los clericales; sino que lo hacen los otros.

MEMORANDUM PARA LOS DIPUTADOS REPUBLICANOS

Es de suponer que nuestros representantes en el Congreso están apuntando los que han de ser temas de interpelación en las futuras Cortes, si es que vuelven á abrirse, cosa que, gracias á Dios y al Gobierno del rey, podemos poner en duda.

Entre esas notas, suponemos que irá esta:

Interpelación al Gobierno sobre la política internacional, basada en la comparación de estos hechos:

Guerra de Africa, fundada en el asesinato de tres mineros españoles, no muy ciertos.

Asesinato de centenares de españoles en Méjico, sin que el Gobierno haya pensado en guerrear allá.

Fusilamiento de españoles en Lieja, ocultado á la nación.

Rumores falsos de homicidios de españoles en Lisboa, y envío de barcos de guerra, etc., etc.

¿Ha quedado el honor de España en su puesto, en todos y cada uno de estos casos?

El Gobierno tiene la palabra. Digo, los diputados.

El "dato" de Dato

El inquisidor que con su vaselina supo colarse en el Poder y untar con su cosmético las vías del Estado, meternos el clericalismo más desenfrenado y el «absolutismo cortesano», recibió el gran disgusto, de parte de los que creía sus más obligados aliados. Del capital se trata.

Pedía el pobrecito Dato un préstamo de 750 millones, para ir repar-

tiendo á los señores presupuestivos, que después de devorar los ingresos presentes del Tesoro público necesitan ¡pobrecitos! devorar el crédito de los pasados, con empréstitos á pagar los nacionales del porvenir. ¡Cuán ingratamente respondieron á este préstamo los señores capitalistas, enriquecidos á la sombra del gobierno monárquico!

El señor capital se llamó Andana. Y no sirviendo la vaselina para desperdiciarle, Dato se enfurruñó, y con un gesto de Maquiavelo de pacotilla hizo la hombrada de plantear con la boca chiquitita la crisis, que ¡claro! no fué aceptada.

¿De dónde se sacarán ahora los 750 milloncitos para los señores presupuestivos? Porque, pensar que se queden un día sin cobrar mientras haya en España una peseta, es sueño y delirio. Ellos han de cobrar. Lo piden de consuno la Patria, el Bien Público y el Orden, alias el estómago de los interesados.

¡Cuán ingratos y crueles son los capitalistas! Cría cuervos—diráse Dato—cría frailes y jesuitas, llénales de millones, para que, cuando el gobierno les pida una limosna, le contesten:

—Perdone, hermano. Nosotros ya pescamos.

Este va siendo el «dato» para la Historia que nos deja el inquisidor de vaselina.

Cine clerical

¡Antes morir!...

Escena: Calle estrecha en los alrededores de un templo, muy de mañana. Desfile de viejos y devotas rancias. Pasan algunas criadas que se dirigen al mercado. Se oyen campanas. Es día festivo.

Personajes: Doña Casilda, sesentona y solterona, bien conservada, pelo blanco abundante, viste de negro con cierta pulcritud. Doña Victoria, viuda, de unos cincuenta años, gorda, vestir desaliñado pero que denota buena posición. Ambas llevan el rosario en la muñeca, grandes devocionarios, y D.^a Casilda una sillita de tijera al brazo.

—¡Jesús! ¡Qué algarabía de campanas! Hay que hablar á gritos... No hay modo de entenderse.

—Deje usted, D.^a Casilda, que esas lenguas de bronce despierten á los perezosos, y les recuerden que hay que alabar á Dios... Hoy es día de júbilo en los Padres: termina la octava del Sagrado Corazón, y echan la casa por la ventana... A las ocho tenemos la comunión reparadora, y nos dirá la plática un Padre que ha venido de Alemania... Creo (*bajando la voz*) que hará alusiones á eso de la guerra...

—¡Mujer! ¿En una plática de comu-

nión?... Vaya, no lo creo oportuno... Cada cosa en su sitio...

—Es que esta es una guerra santa para acabar con los republicanos y los ateos de Francia; sí, señora, sépalo usted de una vez... Así lo dicen los Padres á todo el que quiere oírles...

—Siempre tuve á los *jesubitas* por unos exagerados...

—Es claro: como usted no sale nunca de la parroquia, de entre los curas del montón, y no oye más que las tonterías del párroco...

—Señora, no son tonterías, es la doctrina de Cristo, lisa y llana...

—¿Qué saben esos curas de seminario de estas filigranas? Ellos á sacar cuartos, y á su ama...

—Señora, que el párroco es un sacerdote como los Padres, y no hay derecho á criticarle, y menos usted, que blasona de piadosa... Si ellos tienen ama, los *otros* tienen un picadero, ea, y no me tire usted de la lengua.

—¡Ave María! ¿Los padres? ¡Si son unos ángeles de pureza!... Jamás les he oído la frase más mínima que pueda ser mal interpretada.

—Sí, lo creo, usted no, pero la de Picavea, que tiene treinta años y es una real moza, ha oído más que usted... Pero bueno, dejemos eso; allá se las hayan con su conciencia, y Dios nos juzgará á todos... Lo cierto es que dicen por ahí que todo esto de la guerra viene de los *jesubitas* de Austria, y que el Papa está furioso con ellos, y que les va á dar un disgusto.

—¿Un disgusto? Ellos sí que se lo darán á él... Mire usted que todo un Santo Padre haciendo cucamonas á los italianos, que están todos *descomulgados*... Eso es hacer traición á la Iglesia; sí, señora; pero gracias á Dios, aquí están los Padres para impedirlo, y en cuanto Benedicto XV se deslice ni tanto así, en contra de los católicos austriacos, media Europa le volverá las espaldas; no queremos papas *flamasones*.

—¡Virgen del Amparo! Pero ¿qué desatinos echa usted por esa boca? ¿Y qué modo de hablar es ese del Sumo Pontífice, *hereja*?... ¿No dicen ustedes que es infalible, santísimo, y que el que no está con él, no está con Dios? ¿No cantan en la iglesia de los Padres á grito pelado: *Antes morir, que separarnos de él*?

—Sí; pero es cuando se trate de cosas de religión, y no se meta en camisas de once varas... Venga usted á la comunión y verá usted las chilindrinas que le tira el Padre que ha venido de Alemania... No, él que se anda jugando, que se va á armar un cisma morrocotudo. Y si no, al tiempo... Pero, deje usted, que como venga por aquí, ya le ajustarán los Padres las cuentas... Porque ha de saber usted que ha enviado á sus sobrinos y á sus hermanos á la guerra, á combatir á los católicos de Austria. Qué

bonito es esto en un Papa ¿verdad?... Defiéndalo usted.

—Pues ya lo creo que lo defiende: sus parientes eran italianos, y han tenido que cumplir la ley.

—Para combatir á los católicos no hay ley ninguna.

—Usted qué sabe, señora.

—Más que usted.

—¿Qué ha de saber usted!

—Más que usted, que no oye más que las majaderías de su párroco, que no sabe la *cu*, y que parece que acaba de dejar el azadón... Mire, mire, por allí asoma su ama, que va á la compra; fíjese usted qué cestón lleva, y qué caderas; parece una yegua normanda... Necesitarán una cama de hierro á toda prueba, porque entre los dos lo menos pesan 150 kilos...

—Tenga usted cuenta con la lengua, y recuerde usted que va usted á comulgar dentro de poco...

—La culpa la tiene usted, D.^a Casilda, por llevarme la contraria...

—Usted, D.^a Victoria, que no ve más que por los ojos de los *jesubitas*; que los prefiere al Papa...

—Y mucho que sí, porque el Papa en esto de la guerra no va por donde Dios manda...

—Sí, sí:

*Antes morir,
que separarnos de él.*

Vaya, no se le haga tarde y se quede usted sin oír al Padre alemán.

—Ya le contaré á usted lo que diga: va á levantar ampollas.

FRAY GERUNDIO

Documentos contemporáneos

Alemania y los jesuitas

«Presentado por el Centro el proyecto de anular la odiosa ley contra los jesuitas, ya no se oyó en el Reichstag ni una sola palabra contra ellos. Desde luego se declararon en su favor el Centro, los polacos, alsacianos, progresistas y socialistas, y ninguno en contra. Aquellos mismos que en otro tiempo se daban á conocer como enemigos acérrimos, suspendieron ahora su voto, con el pretexto de verse imposibilitados durante la guerra á tomar una resolución definitiva. Tales fueron los liberales nacionales, los conservadores liberales, la *unión agrícola* y los *conservadores alemanes*. En el curso de estas negociaciones se ha visto que por de pronto ha desaparecido el antiguo encono contra los jesuitas, y que el Centro podrá conseguir, por fin, la revocación de esa ley.»

¿El Estado alemán coqueteando con los jesuitas? ¿El jesuitismo coqueteando con Alemania? ¿El kaiser, sucesor de Lutero y el general jesuita, sucesor de Loyola? ¡¡Signos de los tiempos: cuando en la curia romana se decía que Ignacio y los suyos eran unos soberbios luteranos disfrazados!...

Ferrer, en Alemania

Los clericales españoles utilizan el *antiferrerismo alemán* como argumento en su favor. Allá va como respuesta unos párrafos cortados de un diario católico:

«¿No tomaron acaso parte activa los alemanes en aquella infernal apoteosis? (Al monumento erigido á Ferrer alude). Yo estaba en Berlín en aquellos días de infausto recuerdo, y vi la Embajada española protegida por la fuerza pública y á las turbas de obreros vociferando por las calles protestando, como decía, «contra el suplicio del mártir del librepensamiento». Todas las noches se representaba el «Don Carlos» de Schiller, y el público rugía contra Felipe II, viendo su espíritu de intolerancia religiosa perpetuado en la muerte de Ferrer.

«¡Tenían que leer los periódicos! «Vossische Zeitung», diario muy conservador, leído en la casa imperial, decía: «En España rige el Derecho moderno; pero en el papel». Y describía con tendenciosa saña las corridas de toros, como prueba de la ferocidad española. Gustavo Sandener pidió el reglamento de la Escuela Moderna, y reunió á los intelectuales de Berlín para implantar una en esta capital. «Gazette de Voss» decía que la justicia española estaba, como la de Rusia, bajo el nivel europeo, y se asombraba de que no hubiesen intervenido las potencias, como había hecho Inglaterra para moderar la crueldad de Muley Hafid. «Berliner Tageblatt» calificaba el proceso de «vergonzosa comedia judicial»; decía que Ferrer «había sido asesinado, á la faz de Europa, por los agentes de la nueva Inquisición, y que España se había colocado fuera del grupo de las naciones civilizadas». Tiráronse cientos de miles de tarjetas postales con el retrato de Ferrer, y delegados alemanes asistieron, con los españoles, franceses, ingleses, rusos, suizos é italianos, á la inauguración del monumento.»

Eso dice el cronista. Así juzgan los alemanes á los antiferreristas de acá.

¡Qué honor para Alemania tener á su lado á los españoles calificados en las precedentes censuras!

¿Es que á los alemanes se la dan con queso los clericales españoles?

Parece que no, según este telegrama:

Havre 3.

«El crítico alemán Bredt ha publicado un libro sobre «El alma y el arte popular en Bélgica», con muchas ilustraciones.

»Su tesis es que los belgas como los españoles sólo se complacen en los martirios, horrores, muerte é infierno.

»Este libro hace furor en Alemania.»

¡Bah! Se han lucido los fusiladores de Ferrer, los autores de la represión de 1909, los requetés y demás apéndices clericales. Aun en Alemania son execrados!...

¡Así, así paga el diablo á quien le sirve!

Así en Charleroi es prohibida por el gobierno alemán una manifestación de simpatía á España. ¡Así Dato va haciendo patriotismo... neutral...!

Hasta que consiga que todos los

beligerantes prohiban hablar de España en pro ni en contra.

En latín la palabra *neutro* es sinónimo de *nulo*.

Nos neutralizamos y nos anulamos.

NO, COMPAÑERO, NO

El redactor de *El Pueblo*, de Valencia, Enrique Malboysson, presidente de la Juventud de Unión Republicana, cree que, aunque indirectamente, se ven aludidos los jóvenes en mi artículo *Los mayores culpables*, cuando digo que los *requetés* se han impuesto en aquella ciudad.

He repasado el artículo por ver si había aludido á ellos sin intención de hacerlo, y efectivamente, he visto que mi pluma obedeció á mi deseo. Que conste, como también el que, de haber pensado decirles algo, no lo habría hecho indirectamente. Nunca tuve esa costumbre.

Me dice también que el recibimiento á Blasco Ibáñez «fué grandioso, que revistió caracteres de apoteosis, sin que nadie osara deslucir la magnificencia del acto», de todo lo cual me felicito; si bien debo hacer constar igualmente, que yo no me referí para nada al recibimiento, sino á la prohibición de que le dieran un banquete sus amigos, admiradores y correligionarios, cosa que en otro tiempo no hubiera habido autoridad capaz de cometer tal atropello en Valencia.

De esto era de lo que yo me lamentaba y de lo que seguiré lamentándome, si los jóvenes de Valencia y de todas partes no se imponen á todos los que han hecho posible, con sus odios y sus ambiciones, que se atrevan á perturbarnos los *requetés*.

La gran revolución futura

Las naciones en guerra están pactando empréstitos sobre empréstitos, sin contar previamente con la posibilidad futura del pago de intereses y de la reintegración de los capitales.

Los peritos pronostican la imposibilidad material de responder á tales deudas. De ahí la bancarrota de los Estados—dicen—y antes ó después de ella la gran revolución provocada por los que no podrán cobrar ó por los que no podrán pagar.

En cuanto á los empréstitos suelen concurrir los capitales acumulados al amparo del privilegio, la Justicia final quedará realizada con esta bancarrota que los evaporará.

Su codicia, causante de la guerra, habrá roto el saco de sus usuras. En cuanto á los pueblos extenuados de sangre y faltos de medios, caerán en la esclavitud de nuevos capitalistas. De este modo el militarismo dejará devastados los pueblos y los Estados que lo criaron.

Simosneria católica

«Lo que dieres con la diestra, ignórela tu siniestra... al revés de los fariseos...»
(Jesucristo.)

¿Has visto, lector amigo, en los cortos ó largos años de tu vida, publicada por los interesados, las listas de rentas, fincas y tesoros de los conventos, de los gajes de los Prelados y de los ingresos de las sacristías?

¿No, verdad? Muy al revés. Cuando algo de ese misterio se ha sabido, fué siempre por haberlo descubierto los sacrilegos impíos, quienes ¡perversos!!, ¡canallas!!, ¡ladrones!! profanaron los archivos de los susodichos lugares santos, y se aprovecharon de los famosos libros-becceros, donde se demuestra la avaricia del usurero arrebujada con el voto solemne de pobreza.

¡Siempre pobres solemnes, aunque millonarios en secreto!

En cambio—¡oh, lector impio!—edificate con la lectura de estas noticias:

Para socorrer las necesidades de la Polonia devastada por la guerra, el Padre Santo de Roma ha dado 25.000 coronas. Para socorrer á las de Francia, ha dado 40.000. Para la reparación de templos de Bélgica, 10.000 francos. En suma, 75.000 liras, que recorren los hilos telegráficos, las ondas atmosféricas, los teléfonos, las columnas de los periódicos, etc... todo, sin ofensa del texto evangélico arriba copiado.

No nos dijo, sin embargo, la Santa Sede, que en sólo el testamento de la duquesa de Pastrana cobró el Papa un millón de pesetas limpias de polvo y paja, con cuya cantidad tiene para socorrer estruendosamente los estragos de doce guerras europeas y de seiscientos catedrales.

Mas ¿qué te diré, lector amigo, de otro caso que nos cuenta la Buena Prensa? Edificate. Trátase de unas *comunidades religiosas* tan pobres y miserables, que se ven forzadas á poner en pasquines sus apuros y á solicitar limosnas del viandante.

¿Crearás que entre los favorecedores de estos pobrecitos siervos de Cristo, figuran en primer término los obispos y canónigos, los frailes ricos y las monjas millonarias?

Nada de esto. Unos á sus cuentas del Banco, y otros á sus pasquines.

¿Será—dirás—por tratarse de desdichados pelagatos de la Iglesia, de frailucos ó monjillas sin prestigio?...

Para edificación tuya te voy á trasladar un suelto de un diario beato.

Trátase de una obra magna que se está jaleando hace días: de un *homenaje nacional al Papa*.

La lectura de la lista es edificante. Lee, lector amigo:

«Obispo de Málaga, 150 pesetas; D. J. Calvo, 2; D. Gonzalo Morales, 5; D. Enrique Jiménez, 3; Agustinas de Talavera de la Reina, 20; convento de Arizcon, 225; duque de de Zúñiga, 15; D. Joaquín Ramonet, 5; don Ignacio Palacios Maroto, 5; D. Manuel Pérez Aranda, 2; religiosas Servitas, 5; D. Antonio Garín, 5; convento de Agustinas Descalzas de Denia, 1; Agustinos Descalzos, Ollerías, 105.»

¿Te parece poco edificante el botón de muestra? Estas fabulosas cantidades (fabulosas por lo ruines), marcan el verda-

dero precio del *amor filial* de los clericales al Papa.

Debiendo advertirse ¡ay! que estos son los que dan; ó sea, los buenos y los más entusiastas. Un obispo, ciento cincuenta pesetas... Un duque, cinco. Un convento de monjas, una peseta. Uno de frailes, una con cinco... ¡Esto, para el Papa, Padre Común de los fieles y Rey de los clericales!...

Edificate, lector, y toma ejemplo de la devota gente. ¡Cuánta fraternidad entre ellos!... ¡Cuánta esplendidez!... ¡Cuán pródigos y callados en el dar, y cuán escrupulosos y magníficos en el recibir y agradecer!...

Sin duda este es el reinado de Cristo que nos traen de ejemplo sus apóstoles.

¿No te parece, amigo lector, que hay muchas maneras de blasfemar y de escarnecer el Evangelio?... Yo conozco dos: una, la prohibida, y otra la protegida por las leyes del reino.

R. MAYOL

Católicos contra el Papa

En la prensa devota se reproduce con pertinacia sectaria esta noticia: «*L'Osservatore Romano* (órgano del Vaticano) reconoce que Italia ha entrado en la guerra obligada por la francmasonería».

Después de lo cual, anuncian y jalean la noticia de que el Papa es perfectamente neutral, con alma y cuerpo.

Al lector católico se le coloca, en virtud de ambas noticias, en esta consecuencia que salta á la vista:

¿El Papa neutral ante una guerra impuesta por la masonería? ¿Será que la masonería se ha hecho católica, ó será que el Papa se ha hecho masón?...

No te asustes, cándido lector de EL MOTIN. Los clericales españoles, antiguamente hacían correr el rumor de que León XIII estaba secretamente vendido al liberalismo. De Pío IX hubo católicos que afirmaron haber sido masón.

En estos tiempos en que andan abrazados los hijos de Lutero con los hijos de Loyola, todo se hace posible.

Libros en venta

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

Segunda edición.—318 páginas.

Picotazos en la cresta

Chaparrón de milagros

Clericalismo en solfa

por José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

EL MOTIN



La murga germanófilo-española.

Ayuntamiento de Madrid

Soy neutral...

(Para la lista de la Presidencia)

Soy neutral, ahora y siempre. Respondiendo á los apuros de alemanes y franceses, lo mismo que los franceses y alemanes respondieron á mis apuros. Soy neutral.

Y pues ahora la neutralidad es dogma supremo y oficial de España, con sello real y pontificio, digo que no sólo soy neutral ahora, sino que lo seré si los requetés apabullan á los gobernantes, si éstos apabullan á los requetés, y venga lo que viniere. Hago con ellos lo que ellos hicieron conmigo: ¡Viva la neutralidad!

JUAN SINTIERRA

Cárcel Modelo, 1, Julio.

¿Que por qué soy neutral? Porque lo mismo gano con unos que con otros. Nada pueden quitarme, y nada me darán. Desnudo nací, desnudo me hallo... ni pierdo ni gano.

COSME SINCAMISA

Puerto de Arrebata Capas.

Los españoles que nada pueden hacer en favor nuestro, han de negarse á favorecer á los contrarios. Su neutralidad es nuestro provecho.

MARTÍN LUTERO

Del Infierno á 30 Junio.

Soy neutral, porque la intervención podría impedir algunas corridas de toros.

FRASCUELO

Villatoro, 3, 6.

No debemos meternos en guerra con los extranjeros.

Todo nuestro ardor debemos reservarlo para destrozarnos españoles.

EL CURA SANTA CRUZ

Campo del honor, 1.º Julio.

¿Por qué antes era partidario de todas las guerras, y ahora soy neutral rabioso?—Sencillamente: porque antes iban á fila sólo los desarraigados. Sacar las castañas del fuego con mano ajena no es lo mismo que sacarlas con la propia.

SANCHO PANZA,

Señor de la Insula Barataria
Jauja, 2, Julio.

Yo soy neutral: aplaudo la guerra, por ser guerra.

Respeto profundamente á los combatientes. Cada muerto es un funeral.

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS

Refectorio del Convento, 4, Julio.

Yo soy neutral á mi modo. Mi religión sale siempre gananciosa de los barullos. No inútilmente nos llamaron «apostólicos». Los apóstoles eran pescadores de oficio. A río revuelto, ganancia de pescadores.

El pescador no se mete en la corriente, con peligro de ser pescado: se queda en la orilla.

EL PADRE BUTRON

Sierra Morena, 8, 6, 15.

Clericales embusteros

¿Te acuerdas, lector, de aquella trifulca armada el año pasado sobre si en Lieja habían sido fusilados ó no algunos españoles? ¿Recuerdas los juramentos clericales, desmintiéndolo? ¿Recuerdas las declaraciones del gobierno y de sus agentes diplomáticos?

Pues... cuando nadie se acordaba ya de ello, publican la noticia de que el gobierno alemán indemniza con algunos miles de duros á las familias de los fusilados.

¿No quedábamos en que no había tales españoles muertos?

Pues... esta gracia tiene el ser español en estos tiempos de Dato. Le fusilan á uno de mentirijillas ó de veras, según convenga á los gobiernos, señores de la vida y hacienda de los ciudadanos.

¡YA TOCÓ!

El soberbio frontispicio de la monumental Fábrica de tabacos de Sevilla está coronado por una arrogante estatua que representa al angel de la Fama con las alas extendidas y en actitud de tocar su característica trompeta que empuña en la mano diestra.

Una tradición popular asegura que el consabido angel pétreo hará sonar su indicado atributo heráldico cuando alguna mujer digna de ostentar, en el día de su boda, el simbólico ramo de azahar penetre en el edificio sevillano, donde la Compañía Arrendataria confecciona los productos tóxicos con que enriquece á sus accionistas y envenena á los españoles.

No se sabe si dicha tradición data de la fecha, mediados del siglo XVIII, en que fué colocada la famosa escultura, pero puede afirmarse que la leyenda es antiquísima y que ya se había desacreditado puesto que, á pesar del tiempo transcurrido, el emblemático instrumento no había emitido la más ligera nota, no obstante haber entrado, en la Fábrica inmortalizada por Bizet, centenares de miles de mujeres de todas clases, condiciones y categorías.

Pero ahora, gracias á una piadosa superchería, la referida tradición ha recuperado el crédito que había perdido, y para gran parte del vulgo cándido y crédulo es un hecho innegable que al fin se ha cumplido el presagio popular.

He aquí cómo se ha operado tan extraordinario fenómeno ilusionista.

Uno de los números del programa de festejos organizados para el homenaje recientemente tributado en Sevilla al insigne pintor Gonzalo Bilbao se celebró en la Fábrica de tabacos, á donde, al indicado fin, acudieron las gentiles y laboriosas cigarreras ataviadas con el clásico mantón de Manila y engalanadas con profusión de rosas, jazmines y claveles, presentando un sugestivo conjunto de animación y vida, de alegría y belleza indescriptible. Mas la apocalíptica trompeta permaneció muda y silenciosa.

Pero luego empezaron á llegar damas y damiselas aristocráticas y linajudas que habían sido invitadas al acto, y ya fué otra cosa. Cuando alguna de estas lindas

representantes del capital y de la fortuna se apeaba del carruaje ó del automóvil á la puerta del edificio, en lo alto de la portada, del mismo lugar que ocupa la estatua de la Fama, partía un sonoro y brevísimo toque de clarín.

Los supersticiosos creyeron que al fin se había efectuado el milagro tantos años vaticinado y esperado, y celebraban el caso estupendo, exclamando: ¡Ya tocó!

Los incrédulos por su parte trataron de averiguar el origen de los bocinazos, sospechando desde luego que no estaría muy lejos la mano de algún taumaturgo profesional que se propuso dar gato por liebre.

Y en efecto, se ha sabido que el canónigo D. Juan Francisco Muñoz Pavón, miembro de la comisión organizadora del expresado homenaje, con el mayor secreto y sigilo, escondió detrás de la figura del Angel á uno de los clarineros que hacen las señales reglamentarias en la Plaza de Toros de Sevilla, dándole la consigna de que soplara en un cornetín cuando él se lo indicara.

De haber estado en el secreto las que no fueron favorecidas por el toque de clarín, podían haber dicho al ingenioso autor de la farsa lo que dijo el notario del cuento: «O se tira de la cuerda para todas ó para ninguna.»

Descubierto el artificio, desaparece el misterio y sólo queda un tonsurado que se propuso tomar el pelo á los sevillanos por medio de un ardido que sería inocente si no fomentara una superstición y si no ofendiera á la verdadera virtud para rendir culto á la adulación y á la lisonja.

Sin embargo, nadie puede negar que fué un Angel el que tocó. ¡Como que fué el simpático y popularísimo Angel Calvo, clarinero taurino!

JULIO FERNÁNDEZ MATEO

Sevilla, Julio 1915.

Bibliografía

Giner de los Ríos, el maestro de maestros, el gran educador, el pedagogo insigne que ejerció en España el principado de la dirección espiritual moderna, ha inspirado un libro de sinceridad y de emoción, de observación y de noticias, cuyas páginas se escribieron en los días de dolor que siguieron á la muerte de aquel gran prestigio.

El autor de este libro es D. Rafael Altamira, y va como homenaje á la memoria de su maestro.

Señalado el tema y consignado el nombre del autor, está hecho el elogio de este libro, que es una ofrenda delicada y llena de espontaneidad para aquel que representó y representará siempre para todos los españoles un gran cariño y un gran respeto.

La obra de D. Francisco Giner aparece perfectamente estudiada en este libro de Altamira, que lleva por título *Giner de los Ríos educador*. Lo encabeza un prólogo muy sentido. Sigue el capítulo «Giner y sus discípulos», donde se anota el parentesco espiritual, las enseñanzas y el ejemplo que estableció con su gran autoridad. Estúdianse en los demás capítulos de la obra la influencia social y jurídica de D. Francisco Giner, el sentido social y la regla de conducta, los libros de Giner, la educación física y la educación artística, educación moral y tolerancia, cooperación social y patriotismo, el individuo, la colectividad y las «maneras», y por último unos apéndices con datos biográficos y bibliografía.

La edición, primorosa y exquisita, honra á la Casa PROMETEO, de Valencia. Va ilustrada con numerosos retratos, autógrafos, vistas y fotografías impresas aparte en papel couché sobre un fondo. Lleva una hermosa cubierta en colores, y adornan los

capítulos cabeceras y finales de muy buen gusto. Un libro que lo reúne todo en recuerdo del gran maestro.

Véndese esta obra al precio de una peseta en todas las buenas librerías y en la Casa editora del mismo, Germanías, F. S. Valencia.

Venancio Sarriá

El otro día le oímos hablar en el mitin con que el Partido Republicano Aragonés Autónomo solemnizó la inauguración de su hogar social. En el elenco de oradores de ese mitin figuraba yo también. Al empezar su discurso Sarriá, armóse un poco de barullo. Unos cuantos obcecados pedían que el orador se retirara. Como la pretensión era absurda, no les pudo complacer.

Tenemos nosotros necesidad de decirle al pueblo que ha de acostumbrarse a juzgar no en nombre de su pasión sino en nombre de su razón. Tenemos nosotros el deber de sostener en la tribuna a los hombres dignos. Tenemos la obligación de desagrar a los injustamente ofendidos y de ayudar en las borrascas a las personas decentes hasta salvarnos juntos o naufragar con ellas. Para esto se escriben estas líneas.

Venancio Sarriá, no es muy conocido por aquí, porque no ha vivido ni actuado en Barcelona. Y es lástima, porque este joven es una hermosa obra de Dios, es un espectáculo magnífico.

Es la excepción de esta regla general de animaluchos políticos que sólo tienen órganos de prehensión y succión. Es un cefalópodo entre tanto cefalópodo. Una *rara avis* entre esta pollería que está siempre con la cabeza metida en el estiércol buscando el grano y los esputos de tísico y las podriduras de que se alimenta. Una flor sana en medio de esta juventud opilada y marchita, en medio de esta juventud impotenzada por los garbanzos del Saúco y por la educación escolapia.

Sarriá es pequeño. Bajo de estatura, queremos decir. No es lo mismo pequeño que bajo. Como no es lo mismo alto que grande. Una vez estaba Napoleón en su biblioteca, y pugnaba por sacar un libro de un estante, al que no llegaba bien. Ney, que se hallaba a dos pasos, se aproximó y dijo: «Ya lo cogeré yo que soy más grande que vos». «Más alto sólo, mariscal—respondió el Emperador,—más alto sólo». Sarriá es bajo de estatura, repetimos. Pero la cabeza y el corazón los tiene del mismo volumen y peso que el mejor mozo.

Este muchacho es de la escuela de Federico el Grande. Federico el Grande es Nietzsche, ¿eh? El otro no era más que un grande pedante y un grandísimo bribón.

No es de esos que trabajan su obra con una paciencia benedictina, con

una lentitud geológica. El marcha deprisa, deprisa. ¿Hacia dónde? Hacia adelante, hacia el más allá, hacia la anchura y la profundidad de la tierra, hacia la vastedad de los cielos, hacia el ser, hacia Dios.

Un sueño eterno parece que lo encadena al firmamento. Estáis hablando con él y os contesta, «sí, no, sí, no», al parecer, de lo que vosotros decís. Pero él a quien responde es al que le habla dentro de él mismo, a la voz interior que le interroga, a la conciencia con quien va en conversación, al hombre íntimo con quien está en diálogo.

A Sarriá lo conocimos hace tiempo. Lo encontramos un día y le dijimos: «Rompe los sellos y los lacres de tu ánfora y déjanos probar su contenido.» El accedió y vimos que llevaba verdadero vino nuevo. Nos interesó enseguida por su vivacidad. Nos sedujo por su estilo joven, por su prosa cruzada de venas, llena de verdor.

Hasta el otro día no le habíamos oído hablar en público. Nos gustó verle impertérrito en medio de la tormenta que estalló en la sala. Los gritos, las interrupciones, las amenazas, las injurias eran como guijarros lanzados en medio de la corriente de su palabra y que sólo servían para hacerla hervir en espumas. Los escandalizadores se precipitaban sobre él como una turba invasora sobre una fortaleza. Cuando les parecía que había roto el muro, se lanzaban al asalto. Pero en seguida aparecía en la brecha la cara torva y congestionada de Sarriá y quedaban petrificados.

Venancio Sarriá tiene un aposento en nuestro corazón. El y los suyos también. El y aquel caramelo de niña de cuatro años que besa con tanto amor a los amigos de su padre. Aquella niña tan fina, tan fina que parece que se alimenta con «shoquiyori», el pastel de pétalos de flores con que se sustentaba Buda. Venancio Sarriá es un hermano nuestro. Y aquellos ojos oscuros, aquellos ojos de hermosura no terrena, aquellos ojos anegados en luz y húmedos como el agua, que con él iban a vernos a la Cárcel de Predicadores, son hermanos nuestros también.

ANGEL SAMBLANCAT

UNA MENDIGA

La mañana de ayer en un aristocrático paseo de la Bonanova entre chalets y villas elegantes. Después de la tormenta el cielo estaba azul, bruñido por la lluvia, y había un fresco perfume sensualísimo de tierra húmeda.

Yo paseaba por el solo placer de pasear. De cuando en cuando un auto raudo. Un revuelo de *echarpes*, de velos al viento, unas risas claras. Yo,

la pipa humeando gloriosamente en la boca, paseaba.

Unas monjas. Unos niños. Otras monjas. Dos señores graves,—esa gravedad hierática de los jumentos,—que discutían la guerra. Más monjas. Señor, ¿si habrá un criadero de monjas aquí, y nosotros vivimos tan tranquilos? Unos niños. Unos boyscouts, que ponen, con sus pértigas y su indumentaria, una decorativa nota caricaturesca en el paisaje. Unas monjas, aún. Más boyscouts. Más señores graves. ¡Ya es abuso! ¡Ya no puede tolerarse! Yo quisiera pasear, pero no en compañía de fauna tan distinguida. La mañana es gloriosamente triunfal. Yo paseo, la pipa en los labios, las manos en los bolsillos del pantalón, el blanco sombrero de piqué muy aplastado al cráneo...

Se me acerca una mendiga. A mi lado unas mujeres—salían de no sé qué templo—le han dicho: «Trabaje, hermana, que aún puede.» Efectivamente: es joven, pero eso la hace más desconsolada y más trágica. Su juventud está podrida por la anemia. Va muy mal vestida, sucia.

No la permitirían entrar de seguro en ninguno de estos aristocráticos templos, en los que a Dios deberían vestirse de frac o de chaquet. Amamanta a un niño. Del pecho exhausto como una bolsa vacía, cuelga el niño como un pingajo más. Y otro, mayorcito, con unos ojos dolorosísimos, que se le comen la cara, va cogido a sus faldas.

Se me acerca y, sin mirarme, murmura: Una limosna, señorito. Para mis hijos.

¿Por qué me habrá pedido a mí, precisamente? ¿Tendré yo facha de hijo de familia?

Yo le doy todo el dinero que llevo. ¡Oh, muy poco!

Y ella suspira: ¡Que Dios se lo pague y le dé muchos años de vida!

Yo, que me había alejado ya, estoy tentado de retroceder y abofetear a la mendiga. ¡Qué ingratitud, señor! ¿En qué habré yo ofendido a la mendiga para que me quiera tanto daño? ¡Muchos años de vida, señor!

¡Pero, ella qué sabe!...

Al regresar, el paseo está tomado militarmente por boyscouts y damiselas de la aristocracia. Yo me asusto; esto es peor aún.

Se me acerca una de las damiselas y me prende una flor en la *boutonniere*, y abre la bolsa de seda. ¡Oh, qué asco!

Y yo, que no tengo ya dinero.

—Te la pegaré cuando te encuentre en cualquier prostíbulo.

Es el destino de casi todas las señoritas como tú.

LUIS CAPDEVILA

Los Miserables.

**EN SERIO
Y EN BROMA**

La simonía

por

ROBERTO ROBERT

Pues bien: una vez ese devoto hecho obispo, exigía también que aquellos á quienes había de conferir las sagradas órdenes probasen su celo religioso, su verdadera vocación y su desprendimiento, dando dinero para misas y otros menesteres indispensables para las almas.

¿Y qué resultaba de ello?

Que como el vulgo veía que ni los unos ni los otros habían conseguido el sacerdocio ni el episcopado sin dar dinero, decía que los sacerdotes compraban al obispo las sagradas órdenes, así como el obispo había comprado su alta jerarquía.

Lo cual comprueba lo que mil veces hemos repetido los hombres de orden: el grave peligro que hay en permitir que el vulgo se entrometa en las cosas sagradas; porque como paga contribución para el clero, aun después de haberla pagado, se figura que habla de su dinero al hablar del presupuesto de gastos eclesiásticos, y se cree con derecho para censurar las cosas sagradas.

Y si este no es buen argumento, otros debe haber, sólo que ahora no se me ocurren.

El maldiciente vulgo llegó á acusar á los obispos de que despojaban á las iglesias de todo su haber y ornamentos hasta el punto de dejarlas sin dinero para alumbrado.

Pero esto ya en el siglo VI, y varios Concilios clamaron contra este abuso, por si era cierto.

Verdad es que las imágenes milagrosas de los santos no han menester luz para ejecutar sus respectivas habilidades; pero dígame lo que se quiera, siempre están mucho mejor y más poéticas con una lámpara que apenas alumbre delante.

Al oír eso de que los obispos se quedaban hasta con el aceite, los fieles llegaron á temer cada uno por el alumbrado del santo de su devoción respectiva, que de ningún modo querían que estuviese á oscuras, porque no tropezase, si á deshora de la noche tuviese que hacer algún milagro que ellos le pidiesen, y yo creo que á consecuencia de ese temor debieron de inventarse entonces aquellos rotulitos, tan comunes en nuestras iglesias, que dicen sobre un cepillo: «Limosna para el alumbrado de esta milagrosa imagen.»

Para hablar menos y dar una idea de las terribles acusaciones de avaricia y malversación dirigidas contra

los obispos, y para que se conciba con qué arte tan diabólico debían estar urdidas las calumnias contra ellos propaladas, bastará recordar que en el siglo IX (855) un Concilio, que creo que llaman Valentiniano, recordó á los obispos que debían ser *pastores* y no *verdugos*.

La carne es flaca en los mortales, y sobre todo en los legos; que en las personas eclesiásticas es fuerte la mayor parte de las veces, y por esto son admirables, porque saben vencerla. Siendo flaca la carne, es posible que los eclesiásticos (algunos, no todos) cayesen en alguna flaqueza, ó en varias, y de ello se tomase pretexto para acusarles de simonía y otras cosas horribles.

San Bonifacio escribió al Papa Zacharías unos párrafos que pueden contener algo de verdad sobre las costumbres del clero del siglo VIII.

Me han asegurado que en la epístola CXXXII de dicho santo hay este trozo:

«En muchos países las sedes episcopales están ocupadas por paisanos codiciosos ó por clérigos corrompidos. Hay entre ellos unos que se hacen llamar diáconos, que desde sus primeros años viven en el adulterio y en la relajación, y todas las noches se acuestan con cuatro ó cinco concubinas.»

Poco á poco; yo no he leído las cartas de San Bonifacio, y por consiguiente no sé si realmente dice lo que dejo copiado, que podría no ser cierto. No respondo de ello, porque es demasiado injurioso para el sacerdocio, tanto más, cuanto que según me dijo un amigo, añade San Bonifacio:

«También hay entre ellos obispos, que si bien niegan ser fornicadores y adúlteros, son dados á la embriaguez y á la caza; pelean armados, derraman por sus propias manos la sangre de los hombres, ya sean paganos, ya cristianos.»

Repito que no tengo certeza de si San Bonifacio dijo exactamente lo que acabo de referir, y aconsejo al lector que no lo crea del todo hasta averiguar si es cierto, lo cual no es difícil, porque traducidas están al francés las cartas del santo, y podría ser que los párrafos que he copiado estuviesen en la traducción de Mignet y tal vez en la página 182.

¿Quién sabe?

Lo que no tiene duda es que por entonces los Concilios dieron muchas disposiciones en favor de la moralización del clero, amenazando con degradar á los clérigos de malas cos-

tumbres, prohibiéndoles usar armas, ir á la guerra, cazar y criar milanos y alcones.

Y dicen que los Concilios obraron así por inspiración de San Bonifacio; y debieron de dar tan buen resultado sus prescripciones, que de continuo se encuentran repetidas durante largo tiempo.

Tanto, que Carlo-Magno todavía dispone, entre otras cosas, que los obispos no sean avaros ni codiciosos.

Censura que muchos de ellos se ocupen noche y día en adquirir riquezas, y hasta se entregan á la usura, por más que sea ejercicio reprobado por Dios, la Sagrada Escritura y los Cánones.

Encarga á los clérigos que no sean fornicadores, ladrones, homicidas, hombres de rapiña.

También Ratiero, obispo de Verona, dice que los clérigos del siglo IX «no se ocupan más que en pleitear; la codicia les devora; practican la usura, venden las cosas sagradas, hasta la remisión de los pecados».

Pero también esto podría ser un error, y quizá los clérigos sólo pleiteaban para que á los pobres no les fuesen arrebatados sus bienes, y lo de vender por dinero las cosas sagradas, puede ser otro de los casos en que muchos equivocan la limosna pedida por el clérigo con el precio exigido, lo cual es muy diferente.

En aquel siglo, el glorioso Gregorio VII combatió rudamente la simonía, por más que los impíos hayan dicho que «poquíssimos prelados le obedecían,» y citen frívolas anécdotas para hacer creer que la corrupción estaba en la médula de los huesos de la sociedad sacerdotal.

Citan el caso de Manases, de quien ya hemos hablado, á quien se acusó de simonía y usurpación. Citóle en efecto á juicio el legado del Papa, pero él no compareció. Suspendiéronle de su cargo, pero él no hizo caso; es decir, hizo caso opuesto, porque apaleó á los canónigos que le habían acusado y les cogió los bienes y se los vendió.

Al cabo de tres años le volvieron á enviar papeleta de citación, y entonces fué cuando ofreció al legado del Papa trescientas libras de oro y muchos presentes para él y su comitiva si le dejaban salir con lucimiento de aquel enojoso negocio.

El legado no quiso; el Papa depuso á Manases; éste se resistió por las armas, y se mantuvo en su sólio pontificio hasta que todas las clases de la

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID